

Memorias de la Escuela de Caminos

XII

El curso preparatorio.—Garcini y Portuondo

En aquel tiempo se estudiaban en el curso preparatorio las asignaturas de Cálculo integral, Mecánica racional, Física y Química, que completaban, con las estudiadas en las Academias particulares, las enseñanzas necesarias para el ingreso en la Escuela. Se daba el caso, por esta circunstancia—y toda vez que no se exigía para poder matricularse en el curso preparatorio otra condición que la de guardar en los exámenes el orden de prelación indicado en el Reglamento—, que éramos siempre muchos los matriculados en aquellas asignaturas y hacinados llenábamos los bancos de aquel cuarto interior, sórdido y oscuro, de que hice mención en anteriores crónicas.

Como formábamos grupos de distinta procedencia y apenas si nos conocíamos, en los primeros días de clase nuestro comedimiento era grande; pero bien pronto con la confianza desaparecían la cortedad y el encogimiento, y los conocidos se convertían en amigos, los amigos en camaradas, no sin que precediera a la estrechez de estos lazos alguna que otra sesión o espectáculo de boxeo a cuenta de los quisquillosos.

Solíamos entrar en clase antes que el profesor, y era en ese cuarto de hora de espera de que disponíamos, cuando dábamos aire a nuestras alegrías, y rienda suelta al caballo desbocado de nuestras diabluras y turbulencias, tan propias de los pocos años.

Era costumbre entonces esperar al profesor en el pasillo que conducía a aquella clase, cuando queríamos excusarnos para que no nos preguntara la lección; y un día en que un grupo de alumnos, formando fila, se hallaba en acecho para lanzarse sobre él en cuanto asomara por la puerta, vínosle entrar con la consabida chistera en la mano, algo más erguido que de costumbre y mucho más complaciente. Como el pasillo era oscuro, sólo cuando se enfrentaba el profesor con el alumno podía éste reconocerle, y aquel día todos fuimos descubriendo que el que se dirigía a la clase y acogía con tanta benevolencia nuestras excusas no era el profesor, sino un alumno; y como todos nos callábamos, llegó, sin que nadie lo advirtiese, hasta el final de la fila. Entramos con él todos en clase, se sentó, pasó lista, y ya había empezado la conferencia, con los mismos gestos, actitudes y frases del profesor auténtico, cuando éste se presentó de improviso, cortando la farsa en su momento más culminante.

Nada dijo, aun cuando seguramente no se le ocultó la escena burlesca que allí se estaba representando, y el hecho no tuvo por el momento transcendencia alguna; y digo por el momento, porque hay quien asegura que ésta y otras payasadas a que era muy aficionado aquel alumno, muchacho muy despierto y de singular gracejo, fueron causa de que tuviera que abandonar la carrera. Yo me resisto a creerlo, dadas las condiciones del profesor,

excelente persona y de un carácter bondadosísimo.

La Física de entonces era más experimental que matemática; pero no existía Gabinete, y los aparatos se pintaban en el encerado. Otro tanto ocurría con la Química, cuyo texto, el Naquet, libro nuevo, el primero que se escribió basado en la teoría atómica, se recitaba de memoria, sin practicar el más elemental experimento, salvo aquella famosa preparación del cloro que yo solo presencié cuando la boda de la infanta Paz.

Por esto no era para nosotros asunto de mayor interés el estudio de esas dos materias, y nuestra atención y trabajo más importantes absorbidos estaban por las asignaturas de Cálculo integral y Mecánica racional.

* * *

Explicaba estas asignaturas el año 83 D. Vicente Garcini, y lo hacía por última vez, pues en el curso inmediato fué reemplazado por el que durante veinticinco años consagrado estuvo a la enseñanza de aquella disciplina con un amor y una maestría incomparables: D. Antonio Portuondo.

Pertenecía Garcini a esa clase de profesores que todo lo confían a la inspiración del momento; fiado en su aguda inteligencia, en la clara visión que de todas las cosas tenía, en la rapidez de percepción que era su principal característica, pocas veces preparaba sus lecciones para dar la clase. Por ello cometía frecuentemente equivocaciones, ya al desarrollar un cálculo o bien al tener que decir algo que hubiera de confiarse a la memoria. Esto, que para ciertos alumnos ha sido mirado como un defecto capital en el profesor, quizá porque es lo único que ellos dominan, no era apreciado en Garcini, ni le mermaba en lo más mínimo el alto concepto que de su inteligencia y autoridad como profesor todos teníamos.

Recuerdo a este propósito lo que él mismo me contó en cierta ocasión.

Había estado ausente de la Escuela una larga temporada, y al volver se encargó de la clase de Máquinas, que ya había desempeñado en la anterior etapa y de la cual había publicado unos apuntes siguiendo el original programa de Martínez Campos. No hay que decir si dominaría la materia. Pues bien; un día, de los muchos que entraba en clase sin haber saludado el libro, se vió interrumpido en sus explicaciones con la exclamación de un alumno que desde el banco gritó:

—Eso no es verdad.

Estaba terminando la clase, y como no recordaba bien lo que había motivado la interrupción, serenamente y sin azoramiento alguno, suspendió la lección y citó a los alumnos para continuarla por la tarde.

Así fué, y apenas entraron en el aula llamó al individuo en cuestión para que le expusiera las razones en que fundaba su protesta, que debían ser muy convincentes a juzgar por la forma tajante y decisiva que había dado a la interrupción.

Desde el primer momento el alumno empezó a vacilar, y dueño del terreno Garcini, hízose con el capote de brega, según sus palabras—aquí el capote de brega era la Mecánica racional—, y con un capotazo por aquí y otro por allá dejó al alumno humillado como manso cordero.

La cita vino a cuento, no por su defecto precisamente—aun cuando, dada su sinceridad, me confesó noblemente que en el intervalo de las dos clases había repasado la lección—, sino para mostrarme un ejemplo de cómo durante el tiempo de su ausencia se habían alterado las costumbres de la Escuela, de aquella Escuela rígida y severa, en la que el profesor era algo así como un ser sobrenatural, y los alumnos simples mortales que arrastran su vida con la cabeza inclinada y poco menos que de rodillas.

Garcini veía en aquellas escenas, interrupciones y hasta desplantes de los alumnos, los primeros atisbos de una indisciplina que, aunque no en el grado que él presagiaba y otros han creído ver confirmado, hizo su aparición poco después en la Escuela. No he de negar que ha existido; pero fué un movimiento poco duradero, y algo bueno dejó—que siempre algo queda aprovechable tras todo movimiento revolucionario—un estado de convivencia y cordialidad entre profesores y alumnos que no excluye el respeto y que sólo ventajas reporta.

He oído a un abogado de los más ilustres de Madrid, mirando el retrato de Garcini que existe en la Sala de Juntas de la Escuela, y en el que con notable fidelidad supo copiar el pintor aquellos ojillos cuya mirada penetrante y aguda parece perforar los vidrios de los lentes, las siguientes palabras:

«La inteligencia de Garcini fué *soberana*: le consulté en muchas ocasiones sobre asuntos difíciles de mi bufete, y siempre me daba la solución con una claridad y una justeza de criterio que me dejaba asombrado».

De esta otra modalidad del entendimiento de Garcini han quedado muestras admirables en la Escuela durante el período en que fué secretario, en el Consejo de Obras públicas, en las comisiones que se le confiaron y en los cargos que desempeñó extraños al Cuerpo.

En su trato era encantador; cariñoso en extremo, jamás le oí una palabra molesta, ni formar mal juicio de nadie, ni aun de aquel que en cierta sesión de la Junta le ofendió delante de todos diciéndole que con aquellas *teologías* de sus informes nos estaba dando el *pego*. Y esto fué lo más suave que se le ocurrió, pues el tal tenía siempre el insulto a flor de labio o el tintero en la cabeza del vecino.

Como hombre cuyo pensamiento nunca está quieto, padecía distracciones. Un día tenía una visita en su casa, se salió con no sé qué pretexto y, como no volviese, cansados de esperarle los visitantes, se marcharon. Al pasar por delante de la puerta del comedor vieron a Garcini sentado tranquilamente en una butaca leyendo un periódico.

* * *

Fué la promoción a que pertenezco la primera a la que explicó Portuondo la Mecánica racional; le oí, pues, su primera lección, y le oí también la última en los exámenes con que finalizó su gloriosa carrera de profesor, y digo la última porque cuando examinaba, explicaba, dejándose arrastrar de su afición a la enseñanza y de su natural benévolo.

Desde una fecha a otra habían transcurrido veinticinco años y, a decir verdad, yo no noté la más leve diferencia: el mismo entusiasmo, igual arte, idéntica vehemencia puso en su última explicación que en la primera del año 84.

Es ésta, a mi juicio, la principal característica de Portuondo. Habrá existido y existirá quien le iguale—superarle nunca—en la claridad de exposición y en la precisión del lenguaje; pero quien con más brillantez y más amor haya desempeñado un día y otro día, año tras año, la penosa labor de enseñar, dudo que haya existido ni exista nadie.

Fué un enamorado de la ciencia, y como todo el que siente una pasión y la siente de veras logra despertarla en los demás, Portuondo consiguió lo que pocos profesores han sabido alcanzar: que todos sus discípulos recuerden con admiración y cariño y tengan imborrablemente grabadas en la memoria sus maravillosas lecciones. Maravillosas en todo, hasta por las exclamaciones y gestos con que las exponía; que eso fué Portuondo: un artista de la cátedra, artista en la palabra, en las imágenes y hasta en la figura.

Supo como nadie mantener el silencio en clase. Pendientes de sus labios le seguíamos como hipnotizados en sus movimientos, y de nadie como de él pudo decirse con mayor verdad aquella famosa frase: «La misa, comparada con mi clase, es un jolgorio»; frase atribuida a otro profesor contemporáneo suyo, pero por bien distinto motivo. Era en éste el terror que nos inspiraba la manera extraña que tenía de pedir la lección; en Portuondo, el silencio nacía del respeto y de la veneración que nos inspiró siempre el maestro.

Carlos de ORDUÑA
Secretario de la Escuela de Caminos

El laboratorio hidrodinámico del politécnico de Carlsruhe

NOTAS DE UNA VISITA

Los laboratorios de ensayos hidrodinámicos responden a la necesidad de garantizar los efectos de las construcciones fluviales o marítimas, sea por la confirmación de las predicciones del cálculo, sea supliendo a éste en sus forzosas inhibiciones, sea fijando puntos de partida y determinando parámetros,

misión, quizá, la de mayor trascendencia inmediata.

En tal sentido, dado el alcance de las construcciones hidráulicas modernas, la experimentación en los laboratorios es por completo indispensable y sería verdadera temeridad proyectar, por ejemplo, una canalización de importancia sin que los ensayos sobre